

el yugo de los Tepanecas, empezaron con sus conquistas á adquirir tierras de labor, y se aplicaron con extraordinaria diligencia á la agricultura. No teniendo ni arados, ni bueyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga, y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar ó menear la tierra, se servían del *coatl*, ó *coa*, instrumento de cobre con el mango de madera; pero muy diferente de la azada y del azadon. Para cortar los árboles empleaban una hoz ó *segur*, también de cobre, de la misma forma que la nuestra, con un ojo ó anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenían sin duda otros iustrmentos rurales; pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los rios, y de acequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua, y conductos para dirigirla. En los sitios altos, y en las pendientes de los montes no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra, hasta que se cubriese de yerbas, para quemarlas y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, ó con vallados de maguey, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de *Panquetzaliztli*, que empezaba, como hemos dicho, en 3 de diciembre, los reparaban, si era necesario.

El modo que entónces tenían, y aun conservan ahora en algunas partes, de sembrar el maíz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un baston endurecida al fuego, y echa en él uno ó dos granos de maíz, de una espuerta que le cuelga al hombro, y lo cubre con un poco de tierra, sirviéndose de sus piés para esta operacion. Pasa adelante, y á cierta distancia, que varia segun el terreno, abre otro agujero, y así continúa en línea recta hasta el término del campo, y de allí vuelve, formando otra línea paralela á la primera. Estas líneas son tan derechas

como si se hubieran hecho á cuerda, y la distancia de una á otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compas ó medida. Este modo de sembrar, apénas usado en el dia por algunos indios, aunque lento, es muy ventajoso (1), porque proporciona con exactitud la cantidad de grano á las fuerzas del terreno, y no ocasiona ademas el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo, dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega á cierta elevacion, le cubren el pié con un monton de tierra, para que tenga mas jugos y pueda resistir al viento.

Las mugeres ayudaban á los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar y preparar la tierra, sembrar y cubrir las plantas, y segar: á las mugeres deshojar las mazorcas y limpiar el grano. Aquellos y estas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

ERAS Y GRANEROS.

Tenían eras para deshojar y desgranar las mazorcas, y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados, y por lo comun de madera. Servíanse para esto del *oyametl*, árbol altísimo de pocas ramas, y estas muy delgadas, de corteza tenue y lisa, y de contestura flexible, pero difícil de romperse y rajarse. Formaban el granero, disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos é iguales del *oyametl*, sin otra trabazon que una especie de horquilla en su estremidad, para ajustarlos y unirlos tan perfectamente, que no dejasen paso á la luz. Cuando llegaban á cierta altura, los cubrían con otra trabazon de pinos, y sobre ella construían el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenían otra salida que dos solas ventanas: una pequeña en la parte inferior, y otra grande en la superior. Los había tan espaciosos, que podían contener cinco ó seis mil, y aun mas fanegas de maíz. Hay todavía de

(1) La lentitud no es tanta como parece; pues los labradores acostumbrados á aquel ejercicio, lo hacen con admirable velocidad.

estos graneros en algunos puntos distantes de la capital, y entre ellos algunos tan antiguos, que parecen contruidos ántes de la conquista, y segun me ha dicho un agricultor inteligente, en ellos se conserva mucho mejor el grano, que en los que se acostumbra hacer al uso de Europa.

Cerca de los sembrados solían hacer unas torrecillas de madera, ramas y esteras, en las que un hombre, al abrigo del sol y de la lluvia, estaba de guardia, y echaba con la honda á los pájaros que acudían á comer el grano. Aun se usan estos sombrajos en los campos de los españoles, por causa de la abundancia de pájaros que hay en aquellos países.

HUERTOS, JARDINES Y BOSQUES.

Los Mexicanos eran muy dados á la cultura de los huertos y jardines, en los que plantaban con buen orden árboles frutales, plantas medicinales y flores, de que hacían gran uso, no solo por la gran afición que les tenían, sino por la costumbre nacional de presentar ramilletes á los reyes, señores y embajadores, ademas de la escesiva cantidad de ellas que se consumía, tanto en los templos, como en los oratorios privados. Entre los huertos y jardines antiguos, de que se conserva memoria, eran muy célebres los jardines reales de México y Texcoco, de que ya hemos hecho mencion, y los de los señores de Iztapalapan y Huaxtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Iztapalapan llenó de admiracion á los conquistadores españoles, por su grandeza, su disposicion y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros, y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no ménos placer al olfato que á la vista. Entre los cuadros había calles formadas, las unas de árboles frutales, las otras de espaleras de flores y plantas aromáticas. El terreno estaba cortado de canales, cuya agua venía del lago, y en uno de los cuales podían navegar canoas. En el centro del jardín había un estanque cuadrado, tan grande, que tenía mil y seiscientos piés de circuito, ó sea

cuatrocientos de cada lado, donde vivían innumerables pájaros acuáticos, y en los lados había escalones para bajar al fondo. Este jardín, de que hacen mencion, como testigos oculares, Cortés y Díaz, fué plantado, ó mejorado á lo ménos, por Cuítlahuatzin, hermano y sucesor de Moteuczoma II. En él hizo plantar muchos árboles exóticos, como lo testimonia el Dr. Hernandez que los vió.

Mayor y mas célebre que el de Iztapalapan fué el jardín de Huaxtepec. Tenía seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un rio que lo regaba. Había plantadas con buen orden y simetría, innumerables especies de árboles y plantas deliciosas, y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores y preciosidades. Entre las plantas se veían muchas que se habían traído de países remotísimos. Conservaron por muchos años los españoles esta bella hacienda, y en ella cultivaron toda especie de yerbas medicinales convenientes al clima, para el uso del hospital que en ella habían fundado, y en que sirvió muchos años el admirable anacoreta Gregorio Lopez (1).

Ni cuidaban con menor celo de la conservacion de los bosques, que suministraban leña para quemar, madera de construccion y caza para el recreo del monarca. Ya he hablado de los bosques de Moteuczoma, y de las ordenanzas de montes de Nezahualcoyotl. ¡Ojalá subsistiesen aquellas leyes, ó á lo ménos, ojalá no hubiera tanta libertad de cortar árboles, sin necesidad de reponer-

(1) Cortés en su carta á Carlos V, del 15 de mayo de 1522, le dice que el jardín de Huaxtepec era el mayor, el mas bello, y el mas delicioso que había visto en su vida. Bernal Diaz asegura que era maravilloso, y digno de un príncipe. Hernandez lo menciona muchas veces en su Historia Natural, y nombra algunas plantas que en él se criaban, especialmente el árbol del bálsamo. El mismo Cortés, en otra carta, refiere que habiendo rogado á Moteuczoma mandase hacer en Malinaltepec una casa de campo para Carlos V, apénas pasaron dos meses, cuando ya se habían construido en aquel punto cuatro buenas casas; sembrado sesenta fanegas de maíz, y diez de judías; plantado dos mil piés de cacao, y abierto un gran estanque, donde se criaban quinientos patos, así como en las casas mil y quinientos pavos.

los! porque muchos, prefiriendo su utilidad privada al bien público, destruyen sin necesidad el arbolado, para ensanchar sus tierras de labor (1).

PLANTAS CULTIVADAS POR LOS MEXICANOS.

Las plantas que mas comunmente cultivaban los Mexicanos, ademas del maiz, eran el algodón, el cacao, el *metl* ó maguey, la chia y el pimientó, todas las cuales les daban grandes utilidades. El maguey suministraba por sí solo casi todo lo necesario para la vida de los pobres. Ademas de servir de excelente cercado para las sementeras, su tronco se empleaba en los techos de las chozas, como vigas, y sus hojas como tejas. De estas hojas sacaban papel, hilo, agujas, vestido, calzado y cuerdas; y de su abundantísimo jugo hacían vino, miel, azúcar y vinagre. Del tronco y de la parte mas gruesa de las hojas, cocidos debajo de tierra, sacaban un manjar agradable. En aquella planta tenían, finalmente, un eficaz remedio para muchos males, y especialmente para los de la orina. Aun en el día es uno de los productos mas apreciados, y mas ventajosos á los españoles, como despues veremos.

CRIA DE ANIMALES.

Aunque los Mexicanos no conocían el ramo del pastoreo, accesorio de la agricultura, por carecer enteramente de rebaños, criaban en sus casas innumerables especies de animales desconocidos en Europa. Los sujetos particulares tenían *techichis*, cuadrúpedos semejantes, como ya hemos dicho, á los perros de Europa; pavos, codornices, ánades, patos y otras especies de pájaros: los ricos y señores, ademas de las aves, peces, ciervos y conejos; y en las casas reales se veían casi todos los cuadrúpedos y animales volátiles de aquellos países, y muchos de los

[1] En muchos pueblos se deploran ya los perniciosos efectos de la libertad de cortar árboles. La ciudad de Querétaro se proveía ántes de la madera necesaria, en el bosque inmediato al monte *Cimatario*; hoy es menester ir mucho mas lejos, por estar aquel monte enteramente desnudo.

acuáticos y reptiles. Puede decirse que Moteuczoma II sobrepusó en esta clase de magnificencia á todos los reyes del mundo, y que no ha habido nacion comparable á la mexicana en la destreza con que sus individuos sabían cuidar tantos animales diferentes, y en el conocimiento de sus inclinaciones, del alimento que á cada uno convenia, y de los medios mas oportunos de mantenerlos y propagarlos.

Entre los animales que los Mexicanos criaban, ninguno es mas digno de atención que el *nochiztli*, ó cochinilla mexicana, descrita en el primer libro de esta obra. Este insecto, tan apreciado en Europa por su uso en los tintes, siendo por una parte tan delicado, y por otra tan espuesto á los ataques de muchas clases de enemigos, requiere en su crianza mucho mayor cuidado que la de los gusanos de seda. Hácenle igualmente daño la lluvia, el frío y el viento. Los pájaros, los ratones, los gusanos y otros animales lo persiguen con furia, y lo devoran: de modo que es necesario tener siempre limpias las plantas de opuncia ó nopal en que los insectos se crían, alejar continuamente á los pájaros dañinos, hacer nidos de heno en las hojas de la planta, de cuyo jugo se nutre la cochinilla, y quitarla de ella, juntamente con las hojas, cuando viene la estación de las lluvias, para custodiarla en las habitaciones. Las hembras ántes de parir, mudan de piel, y para quitarles este despojo es preciso valerse de la cola del conejo, manejándola con mucha delicadeza, á fin de no quitar al insecto de la hoja, ni hacerle daño. En cada hoja hacen tres nidos, y en cada uno ponen quince cochinillas. Cada año hacen tres cosechas, reservando en cada una cierto número de insectos para la generacion futura. La última cosecha es la ménos estimada, porque la cochinilla es mas pequeña, y va mezclada con raspaduras de nopal. Matan comunmente al insecto en agua caliente, pero la calidad del color depende del modo de secarlo. La mejor es la que se seca al sol. Algunos la secan en el *comalli*, ó tortera en

que cuecen el pan de maiz, y otros en el *temazcalli*, ó hipocausto, de que despues hablaremos.

CAZA DE LOS MEXICANOS.

No hubieran podido los Mexicanos reunir tantas especies de animales, á no haber sido diestrísimos en el ejercicio de la caza. Servíanse del arco y flechas, de dardos, de redes, de lazos y de cerbatanas. Las cerbatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas y pintadas, y aun guarnecidas de oro y plata. Ademas de la caza que hacían los particulares, para proveerse de víveres, ó para su diversion, hacían otras generales y extraordinarias, ó prescritas por los reyes, ó establecidas por costumbre, para proporcionarse las víctimas que habían de sacrificarse. Para esta se escogía un gran bosque, y por lo comun era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital, y en él se señalaba el sitio mas oportuno para tender los lazos y las redes. Hacían entre muchos millares de cazadores, un gran cerco al bosque, á lo ménos de seis ú ocho millas de circunferencia, segun el número de animales que deseaban coger; pegaban fuego por diferentes puntos al bosque, y hacían al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos y silbidos. Los animales espantados del fuego y del ruido, huían hácia el centro del bosque, donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el círculo, hasta dejar un pequeñísimo espacio á los animales. Entónces los atacaban todos con las armas que llevaban apercebidas. De los animales unos morían y otros caían vivos en las redes y lazos, ó en las manos de los cazadores. Tan grande era la muchedumbre y variedad de animales que se cazaban, que habiéndolo oido decir el primer virey de México, y no pareciéndole creíble, quiso hacer por sí mismo la experiencia. Señalóse para la caza la llanura que está en el país de los Otomites, entre los pueblos de Xilotepec y San Juan del

Río, y se dispuso que los indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virey pasó á la llanura con gran séquito de españoles, para cuyo alojamiento se habían dispuesto algunas casas de madera. Once mil Otomites formaron un cerco de mas de quince millas de circunferencia; y hechas todas las operaciones que hemos descrito, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el virey, mandó dar libertad á una gran parte de los animales que se habían cogido, y sin embargo, fueron tantos los que quedaron, que parecería inverosímil su número, si no hubiera sido un hecho público, y probado por el dicho de muchos testigos, y entre ellos uno digno de todo crédito (1). Se mataron mas de seiscientas piezas entre ciervos y cabras monteses, mas de cien coyotes, y un número extraordinario de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre español del *Cazadero* que entónces se le dió.

Ademas del modo ordinario de cazar, tenían otros particulares, y proporcionados á la naturaleza de los animales. Para cazar monos, hacían fuego en el bosque, y ponían entre las brasas una piedra llamada por ellos *cacalotell*, (piedra negra, ó del cuervo), la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrépito, cuando está bien inflamada. Cubrían el fuego con tierra, y esparcían en torno un poco de maiz. Acudían atraídas por el grano las monas, con sus hijos en brazos, y miéntras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entónces echaban á correr despavoridas, dejando á sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban en asecho, los tomaban ántes que volviesen por ellos las madres.

Tambien es curioso el modo que tenían, y aun tienen de cazar patos. Hay en los lagos del valle y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, ánades y otros pájaros acuáticos. Dejaban los Mexicanos nadar en las aguas, á que ellos acudían, algu-

(1) El P. Toribio de Benavente, ó sea Motolinia.

nas calabazas vacías, para que acostumbrándose á su vista, se acercasen á ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla, y él lo cogía por los piés, y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cogían vivas á las culebras, ó atrayéndolas con gran destreza, ó atacándolas intrépidamente, cogiéndolas por el cuello con una mano, y cosiéndoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza, y continuamente se ven en las boticas de las ciudades, muchas culebras vivas, cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por la huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar esta cubierta de yerba, ó de las hojas secas que caen de los árboles, pueden sin embargo seguirlas, especialmente si están heridas, observando atentísimamente ó las gotas de sangre que dejan en las hojas, ó la yerba que han pisado y abatido (1).

PESCA.

Mas que á la caza eran aficionados los Mexicanos á la pesca, de resultas de la situación de su capital, y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este ejercicio se emplearon desde su llegada al país, y con la pesca se proveían de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que mas frecuentemente se servían, eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogían los cocodrilos de dos diferentes modos. El uno era enlazándolos por el cuello; y este era el mas común, segun dice el Dr. Hernandez, aunque no explica la manera de ejecutar una acción tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que

[1] Aun es mas maravilloso lo que se ve en los Taramaras, en los Opatas y en otros pueblos de mas allá del trópico; pues por la observacion de las pisadas de sus enemigos los Apaches, conocen el tiempo de su tránsito. Lo mismo se refiere de los Yucatecos.

aun está en práctica, es el mismo de que se servían los egipcios, contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador, llevando en la mano un baston fuerte, cuyas dos puntas eran agudísimas. Cuando la bestia abría la boca para devorarlo, le metía el baston en la boca, y yendo á cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba que se debilitase con la pérdida de sangre, y le daba muerte.

COMERCIO.

La pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban á los Mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron á practicarlo en el país de Anáhuac, desde su establecimiento en las islas del lago de Texcoco. Con el pescado, y con las esteras que hacían de los juncos del lago, compraban el maiz, el algodón, la piedra, la cal y la madera de que necesitaban para su subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecían con las armas, aumentaban y ampliaban el comercio: así que, limitado este al principio á los alrededores de la ciudad, se estendió despues á las provincias mas remotas. Había infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una, y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del imperio mexicano, y del vasto país de Anáhuac, había mercado diario; pero de cinco en cinco días tenían uno general. Los pueblos poco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes días, para no perjudicarse unos á otros; pero en la capital se tenía en los días de la casa, del conejo, de la caña y del pedernal, que en el primer año del siglo, eran el tercero, el octavo, el decimotercio y el decimoctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados, ó ferias tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la capital. Este, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero des-

pues de la conquista de Tlatelolco, se trasportó á este barrio. La plaza de Tlatelolco, era, segun dice Cortés, dos veces mayor que la de Salamanca, una de las mas hermosas de España (1), cuadrada y redecada de pórticos, para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pedrerías, y las alhajas de oro y plata, en otro los tejidos de algodón, en otro las labores de plumas, y así los demas; no siendo lícito vender unos géneros en los puestos destinados á otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías, sin estorbar el paso y la circulación, se dejaban en el canal ó en las calles inmediatas, las mas voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, segun Cortés, de cincuenta mil (2). Los renglones que allí se vendían y permutaban, eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, despues de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeración, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relación, procuraré abrazarlos en pocas palabras, á fin de no causar molestia á los lectores. Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza todas las producciones del imperio mexicano, y de los países vecinos que podían servir á las necesidades de la vida, y á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban; todos los metales y piedras preciosas que cono-

[1] En tres ediciones de las Cartas de Cortés que he visto, se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mayor que la ciudad de Salamanca, debiendo decir, que la de la ciudad de Salamanca.

[2] Aunque Cortés afirma que concurrían diariamente á la plaza de Tlatelolco mas de 50,000 personas, parece que debía entenderse del gran mercado de cada cinco días; pues el conquistador auónimo, que escribe con mas individualidad, dice que la concurrencia diaria era de 20 á 25,000, y la del gran mercado de 40 á 50,000, como dice Cortés.

cion; todos los simples medicinales, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales; todos los medicamentos que sabían preparar, como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y unguentos; todo género de manufactura y trabajo de hilo de maguey, de palma silvestre, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Vendíanse tambien esclavos, y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendía en la ciudad, pues no había tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Texcoco, los zapateros de Tenayocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuiclahuac, los fruteros de los países calientes, los fabricantes de esteras y bancos de Cuauhtitlan, y los floristas de Xochimilco.

MONEDA.

El comercio, no solo se hacía por medio de cambios, como dicen algunos autores, sino tambien por compra y venta. Tenían cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, que les servían de precio para comprar lo que querían. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servía para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre las manos de los traficantes, como la moneda de cobre ó la plata menuda entre nosotros. Contaban el cacao por xichipilli, que, como ya he dicho, valía ocho mil; y para ahorrarse el trabajo de contar, cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimado cada uno de ellos en valor de tres xichipillis, ó veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistía en unos pedazillos de tela de algodón, que llamaban patolcuachtli, y que casi únicamente servían para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera era el oro en grano, contenido en plumas de ánade, las cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal que